resolvió intentar si podía sacar algún partido de la agresión á que los artículos del tratado le autorizaban. Así, pues, en el año 1456 atacó por mar y tierra á los genoveses, deseoso de dar el mando en esta República á los Adorno y quitárselo á los Fregoso, que la gobernaban. Además, hizo pasar el río Tronto á Jacobo Piccinino para atacar á Gismondo Malatesta; pero éste, que había fortificado bien sus plazas, desdeñó la invasión de Piccinino, de suerte que la empresa no produjo resultado alguno. Pero el ataque á los genoveses ocasionó á Alfonso y á su reino más daño del que pudiera imaginar.

Era entonces dux de Génova Pedro Fregoso, quien, dudando poder resistir el ímpetu del ejército del Rey, determinó dar lo que no podía defender á alguno capaz de protegerle contra los enemigos y, en cualquier ocasión, recibir de él la recompensa por tan gran servicio. Envió, por tanto, embajadores á Carlos, rey de Francia, ofreciéndole la soberanía de Génova. Aceptó el rey Carlos la oferta, y envió para tomar posesión de aquella ciudad á Juan de Anjou, hijo de Renato (1458), que poco antes había salido de Florencia, de vuelta á Francia.

Creía el rey Carlos que Juan de Anjou, por haber adquirido ya las costumbres italianas, podría, mejor que ningún otro, gobernar la ciudad, y además que, desde allí, acometería la empresa contra Nápoles, de cuyo reino había despojado Alfonso á su padre Renato. Fué, pues, Juan de Anjou á Génova, donde le recibieron como príncipe, poniendo á su disposición la fortaleza y el Estado.

XXXVI. Este suceso alarmó á Alfonso, por comprender que se había proporcionado un enemigo sobradamente importante; pero no se asustó, continuando con

vigor su empresa; y tenía ya su armada en Villamarina y Portofino, cuando, acometido de súbita enfermedad, murió.

Por su muerte quedaron Juan de Anjou y los genoveses libres de la guerra, y Fernando, que sucedió á su padre Alfonso en el trono, vivía temeroso por tener un enemigo de tanta consideración en Italia y por dudar de la fidelidad de muchos de sus barones que, ávidos de novedades, podían declararse en favor de los franceses.

Temía, además, del Papa, cuya ambición conocía, que, por ser rey nuevo, intentara despojarle del reino. Sus esperanzas las cifraba en el duque de Milán, tan cuidadoso de las cosas del reino de Nápoles como el mismo Fernando, porque temía que, si los franceses se apoderaban de él, intentaran hacer lo mismo con su Ducado, sabiendo que creían poder dominar en él como en cosa suya. Envió por tanto el duque Sforza, inmediatamente después de la muerte de Alfonso, cartas y tropas á Fernando, éstas para aumentar su crédito y sus fuerzas, aquéllas para animarle con la seguridad de que en ningún apuro le abandonaría.

Al morir Alfonso, intento el Pontífice dar aquel reino á su sobrino Pedro Luis Borgía y, para disfrazar este designio y procurarse el concurso de los demás príncipes de Italia, publicó que quería poner el reino de Nápoles bajo la dominación de la Iglesia. Por ello persuadía al duque de Milán de que no debía dar auxilio alguno á Fernando, ofreciéndole respetar las plazas que ya poseía en el reino de Nápoles.

Pero durante estos proyectos y negociaciones murió Calixto III, sucediéndole en el pontificado Pío II, natural de Siena, de la familia de los Piccolomini, llamado

Eneas. Este Pontífice, cuidadoso sólo de beneficiar á los cristianos y de honrar la Iglesia, dejando á un lado toda pasión privada y, á ruegos del duque de Milán, coronó á Fernando rey de Nápoles; pues juzgaba llegar más pronto á la paz en Italia manteniendo la posesión del reino en Fernando, que favoreciendo á los franceses para que lo ocuparan, ó queriendo, como Calixto III, tomarlo para sí.

Por este beneficio hizo Fernando príncipe de Amalfi á Antonio, sobrino del Papa, casando con él á una hija natural suya, y además devolvió á la Iglesia Benevento y Terracina.

XXXVII. Parecía, pues, asegurada la tranquilidad en Italia, y preparábase el Pontífice á mover á la cristiandad contra los turcos, siguiendo la empresa comenzada por su antecesor Calixto III, cuando ocurrió una disensión entre los Fregoso y Juan de Anjou, Señor de Génova, de donde nació mayor y más importante guerra que las anteriores.

Encontrábase Pedro Fregoso en uno de sus castillos en la ribera de Génova, disgustado por creer que Juan de Anjou no le había recompensado conforme á sus servicios y á los de su casa, por los cuales era Señor de aquel Estado, y llegaron por tanto á manifiesta enemistad.

Agradó este suceso al rey Fernando, considerándolo único remedio y única vía para su salvación, y ayudó á Fregoso con gente y dinero, esperando por medio de él la expulsión de Juan de Anjou. Comprendiéndolo Anjou, pidió socorro á Francia, con el cual atacó á Fregoso; pero los auxilios que éste había recibido le daban mucha fuerza, y Juan de Anjou se vió obligado á encerrarse en la ciudad, donde una noche entró Fregoso, apoderándose de algunos puntos de ella; más, al llegar el día, las

tropas de Anjou le batieron y mataron, quedando todos sus soldados muertos ó prisioneros.

Esta victoria animó á Juan de Anjou á invadir el reino de Nápoles, y en Octubre de 1459 partió de Génova con poderosa armada en dirección á Nápoles, desembarcó en Baïa, y de allí fué á Sessa, donde le recibió el Duque de este nombre.

Uniéronse á Juan de Anjou el príncipe de Tarento, los habitantes de Aquila y muchas otras ciudades y príncipes, de suerte que la ruina de Fernando parecía inevitable.

El Rey pidió auxilio al Papa y al duque de Milán y, para tener menos enemigos, hizo un tratado de paz con Gismondo Malatesta (1460), por lo cual se indignó tanto Jacobo Piccinino, enemigo acérrimo de Gismondo, que abandonó al Rey y entró á sueldo de Juan de Anjou.

Fernando envió también dinero á Federico, Señor de Urbino y, en cuanto pudo, reunió lo que en aquellos tiempos podía llamarse un buen ejército, haciendo frente al enemigo junto al río Sarni. Dada la batalla, fué derrotado el rey Fernando, cayendo prisioneros muchos de sus mejores capitanes. Después de esta derrota permaneció fiel á Fernando la ciudad de Nápoles, y pocos príncipes y pueblos, pues la mayoría se entregaron á Juan de Anjou.

Deseaba Jacobo Piccinino que Juan de Anjou, victorioso, se dirigiera á Nápoles, apoderándose de la cabeza del reino; pero éste no quiso, manifestando que su plan era quitar á Fernando todos los Estados, y después sitiarle en la capital, por creer que, privado de todas las demás plazas, la conquista de Nápoles sería más fácil. Esta determinación le hizo perder la empresa, por no

comprender que más fácilmente siguen los miembros á la cabeza que la cabeza á los miembros.

XXXVIII. Después de la derrota refugióse el rey Fernando en Nápoles, donde recibía á los expulsados de sus Estados, y con los procedimientos más humanos logró, reuniendo algún dinero, organizar una base de ejército.

Pidió nuevamente ayuda al Papa y al duque de Milán, y ambos le socorrieron en seguida, y más copiosamente que la primera vez, porque temían mucho que perdiera su reino.

Reunidas numerosas fuerzas, salió el rey Fernando de Nápoles y, comenzando á adquirir fama, reconquistaba las ciudades perdidas.

Mientras estaba empeñada la guerra en el reino de Nápoles, ocurrió un suceso que privó á Juan de Anjou de toda su preponderancia y de la posibilidad de vencer en aquella empresa.

Tanto irritaba á los genoveses el gobierno avaro y orgulloso de los franceses, que tomaron las armas contra el gobernador puesto por el rey de Francia, obligándole á refugiarse en el Castelletto. En esta empresa estuvieron de acuerdo Fregosos y Adornos, y les ayudó el duque de Milán con dinero y gente, no sólo para reconquistar la independencia, sino para mantenerla, tanto, que el rey Renato, que vino después con una armada en socorro de su hijo, esperando reconquistar á Génova por tener aún los franceses el Castelletto, al saltar con sus tropas en tierra fué vencido de tal modo que volvió avergonzado á Provenza.

Al llegar al reino de Nápoles las noticias de estos sucesos, desanimaron bastante á Juan de Anjou, pero no

le hicieron abandonar la empresa, y mantuvo algún tiempo la guerra ayudado por los barones que, por su rebelión, nada esperaban del rey Fernando. Finalmente, después de muchos y diversos accidentes, ambos ejércitos vinieron á las manos, y el de Juan de Anjou fué derrotado cerca de Troïa, en el año de 1463.

No le perjudicó tanto este desastre como la separación de Jacobo Piccinino, que se pasó al rey Fernando; porque, quedando sin fuerzas, se retiró á Ischia, y poco después volvió á Francia.

Duró esta guerra cuatro años, y perdió la campaña Anjou por su negligencia, pues por el valor de sus soldados la hubiera ganado muchas veces. No intervinieron en ella los florentinos de un modo ostensible: verdad es que el rey Juan de Aragón, elevado al trono por muerte de Alfonso, les envió una embajada, pidiéndoles que socorriesen á su sobrino Fernando, según estaban obligados por el tratado hecho con el rey Alfonso, á lo cual respondieron que no tenían ninguna obligación con Fernando, ni ayudarían al hijo en una guerra que promovió el padre con sus tropas y que, habiéndola emprendido sin su consejo ni conocimiento, la siguiera y terminara el hijo sin su auxilio. Los embajadores protestaron contra esta violación de la fe jurada, declarando responsable al gobierno florentino de los daños, y partieron indignados contra la república de Florencia.

Durante esta guerra los florentinos tuvieron paz en el exterior y disturbios interiores que detalladamente referiré en el libro siguiente.